

H.G.Adler Un viaje



## H. G. Adler Un viaje

Traducción de Carmen Gauger

Epílogo de Jeremy Adler

Galaxia Gutenberg

## Presagios

Acosado, cierto, pero sin entenderse a sí mismo, el hombre está entregado a su destino, que una vez aparece como desventura, luego como felicidad, y quién sabe si de alguna otra manera; pero a la postre todo se sumerge en lo desmesurado que no admite denominaciones y frente a lo cual, como ya han dicho muchos, toda aseveración es una soledad, una isla. Por eso no hace falta duelo. También es bueno no querer hacerse con muchas opiniones, porque, guiado por visiones y temores, además siempre ansioso de lo que no existe o de lo que justamente, caso de existir, parece vedado, uno se inclina hacia esta o aquella consideración, juegos de espuma de una sabiduría sensata o ciega en su confianza, hasta que finalmente se toma conciencia de cuán poco claras son todas las opiniones, y la manera más prudente de comportarse es, sin renunciar expresamente a ellos, no participar en los combates que se libran por salvarse de la basura con más afán del que ya exige por sí solo el simple transcurso de la vida.

Así se consigue un poco de descanso. Es un descanso en una huida interminable, pero sin embargo verdadero descanso. No es, que esto quede claro, una huida de sí mismo, por más que eso se imponga a veces, pero es la huida de un avance inconmensurable en las tortuosidades de un solo terreno; debido a esa permanencia en un solo terreno se lo puede calificar de descanso, porque en el escenario de los tiempos todo se torna actualidad. Tú participas. Recorres

muchos caminos, y te presentas en muchas ciudades con tus familiares y amigos, estás de pie, caminas, te apagas y mueres. No piensas que aún sigues en escena aunque admitas haber estado antes en ella. Sin embargo te equivocas, porque ellos te cogieron y te volvieron a llevar del fugaz viaje al escenario. No has escapado, aunque te hayas hundido, metafórica y realmente.

Pero ¿qué ocurre en la escena? Se han probado al respecto muchas metáforas que a menudo tenían mucho de acertado, pero ninguna nos conviene más que la imagen del viaje que podemos concebir como huida. Pero ¿quién es ese ser que en todos los recorridos sólo se recuerda a sí mismo? Es el propio recuerdo que se va de viaje y que ya estuvo siempre en camino. Sin embargo, ese ser no tiene que abandonar su lugar actual, por eso actúa en el presente y, para desenvolverse, encuentra bastante espacio en un solo teatro que no necesita más preparación que la presencia de ese ser recordador, y por tanto, junto a la imagen del viaje llamada huida se encuentra la del descanso que se desarrolla en el recuerdo.

Se nos ha reprochado a menudo lo inútil de nuestro propósito, diciendo que deberíamos guardarnos de aparecer en público. Pero no podemos condenar nuestro propio quehacer, a no ser que quisiéramos renunciar a nosotros mismos. Así, siempre reanudamos nuestros intentos, probablemente espoleados por una avidez que sólo define nuestra propia condición: somos los mensajeros de la vida. La metáfora, encontrada antes, del viaje y del descanso no se convierte en otra cosa que en una metáfora de uno mismo, tan pronto entramos en actividad, pero se torna inválida ante el mundo, porque ahora todo aparece movido y sin duda se transforma realmente en movimiento. Se puede incluso hablar con buen fundamento de una pasión, de una obsesión, que debería ser capaz de arrastrar consigo a otras personas en la medida en que hemos logrado introducir

en nuestra movilidad el vivo aliento de nuestras vivencias. Entonces, por supuesto, somos nosotros mismos nuestra obra; de que nos rechacen o de que nos acepten depende en último término más de lo que uno puede confesarse a sí mismo, a saber, la prosperidad de un mundo que de su más profunda desesperación y de su máximo entusiasmo está llamado a configurar su propia faz, en cierto sentido eterna, mediante el aprovechamiento exhaustivo de nuestro rendimiento, que es importante pero que, tomado él solo, o sea, sin la participación y la colaboración del mundo, no es realizable.

Así, el descanso está despedido y eliminado, pero no del todo; su reflejo sigue siendo perceptible para nosotros y para todo aquel que, aun en el miedo y el horror del momento concreto, cuando toda dignidad y toda intimidad corren peligro de quedar destruidas, es consciente de que incluso en todas las convulsiones de un teatro del horror se puede descubrir un núcleo indestructible, un centro que ni siguiera queremos llamar ideal porque su realidad es comprobable para el corazón indagador. La firme permanencia en ese centro como punto de partida de ese viaje es a la vez su primer y más hondo recuerdo, pero nosotros sólo podemos evocar este último; el centro mismo está tan leios que no se lo puede calificar de cercano ni de lejano. Justamente por eso se puede entender que ese recuerdo siempre permanezca en nuestro caminar, pero sólo a modo de recuerdo, mientras que nosotros -y con nosotros el mundo enterocarezcamos de un lugar fijo. Por eso somos fugitivos, no tenemos otro descanso que nuestro interior, que recordamos, somos viajeros en un recorrido que ninguno de nosotros ha elegido o decidido. Eso no podemos cambiarlo, el viaje ha comenzado, ahora está siguiendo su ruta; mientras dura, no se interesa por nuestro aplauso, no repara en si lo amamos o lo odiamos, pero nos contradice en cuanto nosotros contradecimos.

Quizás esperen también algunos que se diga algo sobre la meta, al menos sobre el sentido. ¡Pero paciencia! Porque este intento sirve menos para expresarlo que para presentarlo. A los escépticos, que sepan que no se ha olvidado la meta, puesto que a todos nos apremia la preocupación por divisar una meta; por eso traeremos una y otra vez la meta a nuestra memoria, aunque a menudo las noticias sobre la basura parezcan desmentirnos.

Algo queda explicado si añadimos que estamos consternados, muy consternados; en eso no podemos ni queremos distinguirnos del mundo que de nada padece más que de consternación, pero, más allá de la irrecusable disponibilidad para sentir ese sufrimiento, no nos hemos permitido sumergirnos en el horror por el que tenemos derecho a caminar. No, no estamos perdidos, aunque admitamos la pérdida, incluso muchas pérdidas de las que —al menos sólo con nuestras escasas fuerzas—no podemos resarcirnos. Pero nos hemos situado en escena. Aunque allí, como en todas partes, parezcamos estar solos, no estamos sin embargo abandonados. En ninguna parte estamos abandonados.

Así, que avancemos o que no nos movamos: no nos compete desde luego a nosotros ni casi a nadie más emitir un juicio sobre si alguien avanza o no da un paso; estemos pues aquí, ya sea en el movimiento que se impone al descanso, ya sea en el recuerdo que se atreve a descansar, hacia delante o hacia detrás, ya sea en la huida, se habla también de la fugacidad del fenómeno, estemos pues en el fenómeno porque eso es movimiento. Pero como mantenemos abiertos los ojos, y no sólo sufrimos sino que también participamos, demos a ese camino lleno de recuerdo el único nombre adecuado: el viaje.

## El relato

Nadie os preguntó, otros lo decidieron. Os amontonaron, sin que nadie dijera una palabra amable. Muchos de vosotros tratabais de encontrar un sentido, y entonces erais vosotros quienes queríais preguntar. Sin embargo, no había nadie que diera respuesta. «Pero ¿por qué? Un ratito aún... un día... unos años... Tenemos apego a la vida.» Pero no había sino silencio, sólo hablaba el miedo, y ése era imposible oírlo. La gente mayor no podía adaptarse a la situación. Sus lamentos eran fastidiosos, de forma que ante la compasión de los no afectados se levantaba una pared desagradable y fría, era el muro de la inmisericordia. Aquella sonrisa sarcástica es inolvidable, ha sobrevivido a todo el cansancio, y comenzó ya en los hogares destruidos. En realidad, los hogares no estaban en absoluto destruidos, aún seguían instalados en correctos inmuebles bajo tejados que no habían sufrido daño alguno. Adherido a la escalera y como incrustado en ella había ese olor que confiere a cada casa, mientras ésta sigue en pie, su sello indeleble.

La existencia de lo inanimado puede parecer muy seductora, pero obedece a leyes que tienen poco en común con nuestro viaje mientras no acerquemos a nosotros los objetos y nos reconozcamos en ellos. Se habla, cierto, de muros de mala fama, pero eso también es sólo una metáfora de un hecho inconcebible frente al cual lo visible, lo perceptible, posee mucha más entidad. Se puede abandonar todo, pero

de la vida no se separa nada mientras ésta tenga conocimiento de sí misma. Por eso las casas siguen ahí, indiferentes, cuando nos apartamos de ellas. De pronto se oyó el grito: «¡Apartaos!». No lo gritaron con esas palabras, no lo gritaron de ninguna manera, y sin embargo lo anunciaron, aunque nadie tenía que oírlo. Por otra parte, a quien no lo oía porque estaba metido en su casa, como si ésta fuera su verdadera y única propiedad que no podía separarse de él, a ése desde luego no le esperaba nada bueno.

Había una habitación, y otras habitaciones. La soledad tenía heridas, pues las puertas estaban abiertas, sin embargo las ventanas permanecían suavemente cerradas y tapadas con paños negros. A eso lo llamaban oscurecer. Habían oscurecido por doquier, las calles nocturnas de Stupart yacían en espesas tinieblas. Pero en la casa había luz. No en el exterior, en la escalera, no, allí también estaba oscuro. Las bombillas habían sido pintadas de un feo color azul y rodeadas de pantallas de papel negro que no dejaban pasar la claridad y sólo emitían, redondo como un círculo, un cono de luz opaca. En tal oscuridad las pisadas remontaban dificultosamente los peldaños, pero eso no asustaba a los infatigables mensajeros, porque su premura difundía un temor ante el cual retrocedía la luz. Solían llegar al final del día o ya en plena noche, cuando traían su mensaje, al que no se le negaba una luz aterrada. «¡No habitarás!» Ése era el comunicado impreso que ellos portaban. La gente ya aguardaba la catástrofe, todos sabían que venía, y por eso las viviendas ya estaban destruidas antes de que el potente proyectil de un piloto se apiadara de ellas. Los aviadores llegaron mucho más tarde, a fin de abrir para la cosecha los perforados escombros, pero no para vengar el secuestro de quienes habían sido sacados de sus casas, gentes de las que ellos apenas tenían idea y que los aviadores no tomaban en absoluto en cuenta cuando determinaban con su hoja de medidas el sector urbano que querían arrasar. Las máquinas, bramando en vertiginoso vuelo, descendían del cielo sacudido por el estruendo nocturno y dejaban caer su mortífera carga sobre la caducidad, que no la percibía hasta que de pronto hacía explosión. Por tanto ya no eran hogares los que padecían la catástrofe, eran nidos abandonados, cuevas desvalijadas o propiedad usurpada que no prosperaba en manos de bandidos. Pero esto ocurrió mucho más tarde y ya no alcanzó a los primeros afectados, a los que mucho tiempo atrás se les había anunciado: «¡No habitarás!».

Considera bien qué derecho tienes a disfrutar de una estancia, donde quiera que estuvieres, sólo porque se te permite existir. Preguntatelo a ti mismo, cuando andas huido, privado de todos tus bienes, un solitario entre las moradas que se han tornado inhabitables. Una vez se acercaron a ti, eran tus enemigos, tus amigos, no puedes distinguirlos, y te lo quitaron todo. Si procedieron con suavidad, te ordenaron reunir algunos despojos, porque necesitarás algunos objetos, y pedirás a voces muchas de tus cosas. Se ha tornado ridículo cualquier género de propiedad, pero aun así la propiedad parece seguir siendo de importancia capital. Ya están hechos los macutos, muy bien acondicionados y preparados con todo esmero. Tú no puedes dejar de ser como eres, y ahora sabes en qué extraño estado de ánimo te encuentras. Te levantas de la silla con el abrigo puesto y te dejas caer de nuevo en ella. Lo que es propiedad de uno, uno ha de intentarlo. Está permitido, ¿no?

-¿Ha pensado ya en ello, querida señora Lustig? ¡Mañana le toca a usted! Viaje con destino desconocido. He oído decir algo. Lo sé de cierto.

Bienaventurada la falta de fe, que cubre la desventura del futuro con la capa protectora del instante, porque ahora todo está velado por la oscuridad. No se busca protección cuando sólo la esperanza y el silencio delatan el paso del tiempo y lo hacen creíble. Pero en el fondo todo lo que interrumpe el horror es increíble. ¡Desventurada fe! Increíble es la valentía, improbable la fe y cualquier expectativa, pero en la vivienda están reunidos los objetos. Está también la medalla al valor del anciano doctor Lustig, está la carta del comandante del regimiento. Es increíble, pero sólo lo increíble protege.

-No se pondrán las cosas tan mal. Se debería... Se podría... ¡Es tanto el bien que ha hecho! Gratitud... Méritos...

En el horror se entremeten palabras, son las amistades, porque el lenguaje ya no nos pertenece; ajeno, le va saliendo trabajosamente a quien empieza a hablar. Pero después fluyen las palabras, aún parecen familiares. Palabras queridas, palabras que arrastra la corriente, mis palabras, tus palabras, derriban y levantan paredes, se ensamblan sólidamente, impenetrables y seguras. Sí, ahí están las paredes, también ellas son conocidas, todo es conocido, de manera que casi podría surgir un bienestar para borrar todas y cada una de las cosas que uno percibe como amenaza. Ya no habría que temer al oscurecimiento.

-Si usted se aplica a algo serio, si usted...

Eso es lo que se oye una y otra vez. Sin embargo, la basura hay que sacarla, porque fácilmente se convierte en un estorbo. El cubo de la basura que hay en el piso es muy pequeño, con qué facilidad puede estar rebosando. En el patio descansan pacíficamente los contenedores, también siguen allí las barras para sacudir las alfombras, los ganchos de cabeza curva para las cuerdas de colgar la ropa están bien incrustados en el cemento. «¡Lo han prohibido!» ¿Qué han prohibido? Nada, es un rumor sin fundamento, que cubre de guerra la silenciosa paz de la basura. Sin embargo, todos los rumores carecen de fundamento, y siempre quedan superados por la verdad. Cuántas veces han preguntado por la verdad; lo han hecho los muy serios; los de la risa fácil también querían conocerla. Incluso quienes se jactan de su ignorancia no están dispensados para siempre de esa pregunta, pues se les da ocupación.

Los intrusos están en el piso, insolentes y en jarras, y se solazan con despreocupada animación en un espectáculo que sin embargo no parecen comprender. Se ha mezclado leche con zumo de frambuesas, de eso resulta una bebida especial. Se ha trabajado muchísimo, pero no ha sucedido nada, ahora tampoco se nota nada. En lo que no hay ni que pensar es en dormir. Es absurdo que se hayan preparado las camas, pero seguramente ha sido algo premeditado, porque la hora es avanzada, como comprueba una mirada al perplejo reloj. Se le dio cuerda ya muy pronto, así que se puede confiar en él hasta la mañana siguiente. Entonces habrá que darle cuerda otra vez.

-Dígame usted, ¿de verdad no se puede hacer nada? Yo querría despachar mañana unos asuntos. Además estoy firmemente convencido de que todo se debe a un error.

Del error no cabe la menor duda, pero se halla en otra parte y no está ni en quienes han venido a nuestra casa, ni en nosotros. Tampoco está en el inmueble ni en la calle. Probablemente se encuentra en una lejanía desprovista de recuerdos, en la queja formulada contra las criaturas. No, no está en parte alguna.

No debe sentarse uno en el diván, porque se podrían chafar los almohadones. Hoy mismo se ha dispuesto todo cuidadosamente. Ida y Karoline han limpiado y alisado todo con un cepillo suave, para no estropear la delicada tela. Se han agachado humildemente, para que todo tuviera un aspecto ordenado, aun sin estar seguras de que vendría visita. Leopold celebrará dentro de unos días su 75.º cumpleaños. Con dinero y buenas palabras, Zerline ha conseguido unos cigarrillos para su padre. Van a venir algunos amigos y parientes, vendrán de verdad, porque todavía no se han marchado todos. Llamarán quedamente al timbre y se reunirán durante dos horas en esa habitación. Estará preparado un bizcocho, bizcocho y café con leche y mucho azúcar, pues a Leopold le gusta poner mucho en la taza. Ya

están hechos casi todos los preparativos, también hay un huevo listo para echarlo al bizcocho. Se le ha metido en la cabeza a Karoline, una mujer terca. ¿Destino imprevisto? En eso ni se piensa, además es sólo ilusión. Lo desconocido no tiene lugar. Hay que cumplir exactamente lo que está mandado. Leopold acata las leyes y ninguna otra cosa en el mundo. Contra las injusticias hay que interponer recurso. Uno ha de perseguir obstinadamente sus fines, aunque no se alcancen.

-¡Por favor, no se moleste, señora Lustig! Aunque ahora se vaya de la casa, cosa que no puedo evitarle, eso no quiere decir en absoluto que haga realmente el viaje. Muchos se marcharon y luego, sin embargo, no hicieron el viaje. Los cambiaron por otros. Allí se pueden arreglar las cosas.

Se presta oídos a todo eso. No es falta de actividad de los sentidos, éstos aguardan y perciben. Nada que no se entienda, porque las autoridades lo han organizado todo tan bien que no pueden surgir dificultades. Quien hojea las largas listas encuentra todas las normas. Sólo tienes que decidirte y eres libre, si te sometes de buena voluntad a la coacción. La providencia se ha convertido en un libro escrito por hombres. Ellos tienen sus necesidades como tú y como yo, tienen también nuestras preocupaciones. Pero tienen además otras preocupaciones, porque no se conforman con su parte, por lo que sus superiores tienen preparado como disculpa o, según, también como explicación, el hablar de abusos tan pronto tachan a alguno de nosotros.

Las manos de Paul tocaron las cuerdas del laúd de Zerline antes de llevarlo a la oficina de entrega obligatoria de instrumentos de música. Eso fue hace unos días. Cogió el laúd de la pared y le quitó las cintas, que Zerline dobló y metió en una caja con otros recuerdos. Paul arrancó el alma al laúd junto con cinco de sus seis cuerdas y con un cuchillo le produjo sensibles heridas en el cuerpo. Zerline se que-

jó de aquel crimen, diciendo que el laúd no era basura. Pero ahora sí lo era, nadie volverá a disfrutar de sus sonidos. Al final, Paul arrancó una clavija y la arrojó al fuego. Un puro desmán. Se elevaban las obras de la noche. Zerline dudaba si tocar el laúd, tendía apenas las manos hacia él cuando Paul lo cogió bajo el brazo y se marchó.

El rostro de la portera se dejaba ver cada tarde, un rostro mofletudo, redondo, embriagado de codicia a duras penas reprimida. Pronto ya no tendría que dominar sus deseos. Hoy también ha estado aquí y ha contemplado a los hombres forasteros. La señora Lischka no era de fiar pero se la podía apaciguar con regalos, entonces era una buena persona y no constituía un peligro. Zerline se asustó cuando la portera le cortó el camino, pero Karoline e Ida se entendían con ella de un modo intencionadamente familiar. Con suculento placer se derritió por la escalera el saludo de la señora Lischka.

-Lischka, mi marido, bebe demasiado. El doctor debería decirle algún día lo que eso le puede acarrear.

Y al mismo tiempo hizo un gesto como si enterrase a su marido. Pero Karoline no le dijo nada a Leopold, porque éste parecía sumido en cavilaciones y recuerdos y no entendía lo que a su alrededor se había puesto en movimiento y había dictado hacía tiempo la sentencia contra él y contra todos los que vivían en la ignorancia.

Todo lo humano está lleno de sentencias y de juicios, por lo que no parece extraño lo que se dijo una vez, que sin juicio no es posible la consciencia. El hombre es un ser enjuiciador. Por eso los juicios recaerán sobre él, los sufrirá, hasta que se haya pronunciado la última sentencia y él la haya asumido. Entonces la voluntad ha desaparecido o ha sido quebrantada, un cuarto de hora, otro cuarto, ha sonado la hora y empieza el gran viaje, que es al mismo tiempo el final de otro gran viaje, movimiento incesante, este viaje como aquel otro. Todo se torna incierto, ya que se toman

nuevas resoluciones, cuyo cumplimiento las autoridades que aquí mandan lo más que pueden es iniciarlo, sin poder hacerse cargo de cómo va a desenvolverse todo; porque en el terreno conocido se prepara sin duda la intervención del que sigue, pero nadie sabe cómo se accede a éste, y eso va más allá de todas las previsiones de quienes ostentan el mando. Ellos no tienen poder, se limitan a dar las órdenes que han de dar y presentan sus credenciales.

Esta vez le ha tocado a la familia del doctor Leopold Lustig, a la que se anuncia que no puede seguir existiendo, pero más no puede decirse con seguridad porque son precisamente los que ostentan el poder quienes no alcanzan a ver con claridad las consecuencias de sus disposiciones, mientras esos mensajeros dispersan destinos. Sacan y entregan el papel que han traído, las palabras que dicen ya no pueden ser importantes. Todo queda anulado, la botella de frambuesa se cae al suelo del susto, la alfombra se tiñe de rojo. Un trabajoso movimiento de mano agarra la botella que rueda perezosamente, la levanta despacio y la pone sobre la mesa.

-Pero no puede ser tan malo, porque no está muy lejos y tenemos un punto de destino concreto.

Pero no será posible dormir, la noche está deshecha. El oscurecimiento es inútil cuando la luz brilla en los escondrijos y ahuyenta el sueño eterno. El sueño no es eterno, eso es figuración, porque si fuera eterno no toleraría interrupción alguna, la validez de todas las disposiciones oficiales quedaría anulada. Pero allí donde afecta a personas vivientes que obedecen la orden de ponerse en viaje, no habrá sueño hoy porque hay que entregarlo todo, las llaves no pueden quedar metidas en las puertas y hay que reunirlas en un manojo; las cédulas de identidad que son garantes de nombre y apellido han de ser preparadas para su separación del personaje, que se queda sin nombre, pues hay que renunciar al permiso de que sigan juntos; los bienes, des-

glosados de la propiedad y del dueño, quedan en Stupart y, para que todo tenga su orden, hay que declararlos en largas listas. Así ha sido dispuesto, y las autoridades no deben tener trabajo con lo que allí quede, cuando los prohibidos abandonen las frágiles casas. Nadie se demora cuando llega la orden, pues está escrito: «No puedes...».

Estamos todos prohibidos, porque no somos quienes querríamos ser, pero tampoco querríamos ser ésos, porque nos han ordenado no tener deseos. De modo que no somos sino oídos, que se convierten en instrumento de la obediencia, expectantes compañeros de viaje cuya fatiga bastaría para hacer dormir a toda la humanidad. Es asombroso que los ayudantes no tengan sueño. Sólo a nosotros nos puede la fatiga. Pero a todos nos falta el sueño, para el que, según dicen, bastará el tiempo que nos espera en un futuro inescrutable, pero próximo.

Los distintos preparativos que hay que hacer se pueden llevar a cabo con cuidado y sin prisas. Ahora estamos aquí, no nos quitan nada. Si hemos de cumplir las obligaciones, no podemos desenvolvernos faltándonos tiempo, y eso lo veis sin duda vosotros. No sois tan malos y sabéis también que nosotros no somos tan malos. En el fondo, todo es una equivocación, pero los errores ya se han cometido, con sus consecuencias tenemos que apechar nosotros. La conciencia puede ejercitarse, está capacitada para ello cuando fallan todas las experiencias y una atónita risotada se instala en los rostros normalmente inconmovibles. Pero jesa impaciencia! La impaciencia acabará con nosotros...

-¡Dense prisa! ¡No nos hagan perder el tiempo! ¡Debemos estar allí antes de la medianoche!

Eso es imposible, porque no queda mucho más de una hora. Hay que prepararlo todo. Incluso a la señora Lischka le parece innecesaria esa prisa, porque es de noche y el doctor es muy anciano, y la señora Ida Schwarz padece de reuma. Mírenle las manos, por favor. Y seguro que de noche

Título de la edición original: *Eine Reise* Traducción del alemán: Carmen Gauger

Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal)/
Galaxia Gutenberg
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es
www.galaxiagutenberg.com
1 3 5 7 9 9 9 0 1 2 8 6 4 2

© Paul Zsolnay Verlag, Wien, 1999 © de la traducción: Carmen Gauger, 2009 © Círculo de Lectores, S. A. (Sociedad Unipersonal), 2009

Depósito legal: B. 38676-2009
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenç dels Horts
Barcelona, 2009. Impreso en España
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-3855-6
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-854-9
N.º 45393